

A lo que replicó el espectro encendido en cólera:

«¿Eres tú aquel ángel traidor, el primero que infringió la paz y la fè del cielo, respetadas hasta entonces, y el que en su orgullosa rebelion arrastró consigo á la tercera parte de los espíritus celestes conjurados contra el Altísimo? Tú y ellos, desechados de Dios, ¿no estais condenados por ese crimen á subsistir aqui por toda una eternidad envilecidos y entre tormentos? ¿Te cuentas tú entre los espíritus del cielo, réprobo del infierno? ¿Y prorumpes en altiveces y arranques de menosprecio aqui, donde impero como soberano, y donde, para mayor confusion tuya, soy tu señor y rey? ¡Atrás, fugitivo impostor, á tus mazmorras! Y pon nuevas alas á tu lijereza, no sea que con un látigo de escorpiones avive tu lentitud, ó que al menor impulso de este dardo te sientas sobrecogido de extraño horror, y de angustias que todavia no has experimentado.»

Dijo asi el pálido Terror, y asi hablando y amenazando, adquirió un aspecto diez veces más repulsivo y espantoso. Por su parte Satan, ardiendo en ira, no daba muestras de temor alguno, semejante á un ardiente cometa que inflama el espacio ocupado por el enorme Serpentario en el cielo ártico, destilando de su horrída cabellera pestilencia y guerras. Dirigense ambos combatientes un golpe mortal á la cabeza, contando con que no han de tener que repetirlo sus fatales manos, y se provocan con sus miradas; como cuando cargadas con la artillería del cielo, avanzan dos nubes lóbregas mugiendo sobre el mar Caspio, y se colocan frente á frente, hasta que un soplo de viento les dá la señal de romper en medio de los aires el cruel combate. Contémplanse los esforzados campeones con ojos tan sombríos, que al fruncir de sus cejas se oscureció el infierno; que tal era su denuedo; pero ni uno ni otro habian de hallar sino una sola vez enemigo más temible¹. Hubieran llevado á cabo inauditos hechos, con terror del infierno todo, si la del medio cuerpo de serpiente, que estaba sentada junto á la puerta y guardaba la fatal llave, no se hubiera arrojado entre los combatientes, lanzando un espantoso grito. «¡Oh padre! exclamó, ¿qué intentan tus manos contra tu único hijo? ¿Qué furor ¡oh hijo! te impulsa á dirigir tu dardo mortal contra la cabeza de tu padre? ¿Sabes á quién obedeces? Á Aquel que sentado en su supremo trono se rie de tí, porque eres esclavo suyo, porque ejecutarás débilmente cuanto te ordene en su cólera, que él llama justicia; su cólera, que algun dia os destruirá á los dos.»

(1) Alúdese á Jesucristo.

Dijo, y á su voz se detuvo el infernal fantasma, y Satan le respondió de este modo: «Con tu extraño grito y tus palabras no ménos extrañas, te has interpuesto aqui de manera, que al suspender su repentino golpe mi brazo, no renuncia á poner por obra lo que ha resuelto. Pero ántes deseo saber de tí quién eres, que reunes esas dos formas, y por qué al encontrarme por vez primera en este valle infernal, me has llamado padre, y dices que es hijo mio ese espectro. Ni te conozco, ni he visto jamás sères tan detestables como sois ambos.»

«Luego ¿ya me has olvidado? replicó ella. ¿Tan horrible parezco ahora á tus ojos, cuando en el cielo me tuviste por tan hermosa? En medio y á la vista de todos los serafines coligados contigo en su atrevida rebelion contra el Rey del cielo, te sobrecogió de pronto un dolor cruel; anublados y desvanecidos tus ojos, se perdieron en las tinieblas, miéntras que brotando de tu cabeza una tras otra apiñadas llamas, se abrió profundamente por el lado izquierdo, y semejante á tí en la forma y esplendor, y animada de celestial hermosura, sali de ella en figura de diosa armada. Retrocedieron llenos de admiracion todos los espíritus, y me llamaron PECADO, considerándome como un presagio siniestro; pero familiarizados despues conmigo, les prendé de suerte, que mis gracias seductoras rindieron á los que me miraban con más desvio. Fuiste el primero tú, que contemplando á menudo en mí tu perfecta imágen, te enamoraste de ella, y á solas conmigo gozaste los inefables deleites que engendraron en mis entrañas un nuevo sér. En tanto estalló la guerra: combatióse en los campos del cielo; nuestro poderoso Enemigo alcanzó inmarcesible triunfo (¿qué habia de acontecer?), y nuestro partido quedó derrotado en todo el Empireo. Cayeron nuestras legiones, precipitadas desde las alturas del cielo hasta el fondo de este abismo, y envuelta en su ruina, cai yo tambien. Entónces me fué entregada esta llave poderosa, con órden de mantener estas puertas cerradas para siempre, para que nadie pueda traspasarlas, si no las abro. Pensativa y sola me senté aqui: duróme poco el sosiego, pues fecundado por tí mi vientre, y cercano ya el trance extremo, experimentó movimientos prodigiosos y dolores insoportables. Por fin ese aborrecible vástago que ves, hechura tuya, abriéndose paso violentamente, desgarró mis entrañas, y retorciéndose estas por el miedo y las convulsiones, quedó toda la parte inferior de mi cuerpo desfigurada. Nació ese enemigo mio, nació de mí blandiendo su fatal dardo, que lo destruye todo: y yo hui gritando: ¡Muerte! Estremecióse el infierno al oír este horrible nombre, y en lo mas hondo de sus cavernas se

oyó un suspiro que repetía: ¡*Muerte!* Y yo seguía huyendo, y el espectro corría tras mí, aunque al parecer no tanto encendido en rabia, cuanto en lujuria; y como más ligero que yo, me alcanzó por fin; y sin respeto á mi horror de madre, entre impuros y violentos abrazos engendró conmigo en aquel raptó estos mónstruos ladradores, que lanzando continuos aullidos me acosan como ves, y de nuevo los concibo á todas horas, y á todas horas me hacen sentir los dolores de su acerbo parto, porque vuelven á entrar en mi seno cuando les place, y aullando y royendo mis entrañas, que son su alimento, salen de pronto, y me causan tan profundo terror, que no hallo un instante de tregua ni reposo.

»Sentada ante mis ojos, y siempre en frente de mí, mi hija y enemiga, la horrible Muerte, azuza á esos perros, y ya me hubiera devorado, á falta de otra presa, aunque soy su madre, si no supiera que su fin vá unido al mio, que yo, en tal caso, sería para ella un bocado amargo, un letal veneno, porque el destino lo ha dispuesto así. Pero te prevengo, padre, que evites la herida de su flecha, y no te lisonjees de que te haga invulnerable esa brillante armadura, por más que sea de etéreo temple, pues nadie, excepto aquel que reina allá arriba, puede despuntar arma tan mortífera.»

Así dijo; y aprovechando el sagaz Enemigo la advertencia, blanda y pausadamente repuso:

«Hija querida, pues me reconoces por tu señor y me muestras á mi bello hijo (prenda amada de los placeres que gozamos allá en el cielo, placeres tan dulces entónces como hoy de triste recuerdo, por la cruel desventura en que impensadamente hemos caído), sabe que no vengo como enemigo, sino para libertaros de esta sombría y horrible mansion de dolor á ti y á él y á toda la hueste de espíritus celestiales que por nuestras justas pretensiones quedaron envueltos en nuestra ruina. Enviado por ellos, emprendo solo este arriesgado viaje y solo me arriesgo por todos. Voy á recorrer con solitarios pasos el insondable abismo; en mi errante peregrinación á través del espacio inmenso, voy en busca de un lugar cuya existencia se ha predicho, y que á juzgar por varias señales, debe haberse creado ya, siendo redondo y vasto. Es una mansion deleitosa, situada en los confines del cielo, y donde habitan séres de reciente origen, destinados acaso á ocupar nuestros asientos vacantes, bien que se los mantenga ahora alejados de ellos por temor de que sobrecargados con una poderosa multitud, ocurran en el cielo nuevas perturbaciones. Á averiguar si esta es la causa, ú otra

más oculta, voy apresuradamente; y una vez sabido el secreto, volveré en breve para trasladaros, á ti y á la Muerte, á una morada donde vivireis entre placeres, donde discurriréis con libre vuelo, invisibles, y respirando los suavísimos vapores de embalsamado ambiente. Allí, para que sacieis sin tasa vuestro apetito, todo será presa vuestra.»

Calló Satan, porque los dos mónstruos dieron muestras de suma satisfacción, y la Muerte gesticuló con espantosa sonrisa al saber que aplacaría su hambre regocijándose de la dichosa ocasión que se le preparaba; y no ménos complacida su proterva madre, prosiguió diciendo:

«Guardo la llave de este abismo infernal, porque tal es mi privilegio y el mandato del omnipotente Señor del cielo que me ha prohibido abrir estas puertas de diamante. La Muerte está determinada á rechazar toda violencia, segura de no ser vencida por ningún poder viviente; pero ¿debo yo obedecer las órdenes de un tirano que me odia y que me ha sumido en la lobreguez del profundo Tártaro, para desempeñar tan detestable oficio, y he de estar yo, hija del cielo, condenada á perpétua angustia y pena, y á oír aterrada el incesante clamoreo de mis hijos, que se alimentan de mis entrañas? Tú eres mi padre, el autor de mi existencia; tú me has dado el sér: ¿á quién pues debo obedecer y seguir sino á ti? Llévame pronto á ese nuevo mundo de claridad y de ventura, donde en compañía de dioses que gozan tan dulce vida, en voluptuosa paz, y sentada á tu derecha, cual conviene á tu hija y favorita, reine por toda una eternidad.»

Esto diciendo, sacó de su cintura la llave fatal, triste instrumento de todos nuestros males, y arrastrando su monstruoso cuerpo hasta la puerta, alzó sin dilación el enorme rastrillo que sólo ella podía levantar, y que no hubieran movido todas las fuerzas del infierno juntas; hizo girar en la cerradura las complicadas guardas de la llave, y describió fácilmente las barras y cerrojos de hierro macizo y de dura piedra. Ábrense de improviso las puertas con impetuosa violencia y resonante estrépito, y al rechinar sus goznes produjeron un bronco trueno que retumbó en las más profundas concavidades del Averno.

Abrió las puertas; no estaba en su mano cerrarlas, y quedaron abiertas para siempre. Eran tan anchas, que desplegadas sus alas y banderas, con sus caballos y carros en buen orden, hubiera podido pasar holgadamente todo un ejército por ellas; y como la boca de un horno encendido, vomitaban rojizas llamas y espeso humo.

De repente aparecen ante los ojos de Satan y los dos espectros los secretos del antiguo abismo, sombrío é inmenso océano, sin límites ni dimensiones, donde se pierden la extensión, la profundidad, el tiempo y el espacio; donde la primitiva Noche y el Cáo, progenitores de la Naturaleza, viven en eterna discordia, entre el rumor de perpétuas guerras, y sostenidos sólo por sus perturbaciones. El calor, el frío, la humedad y la sequía, terribles campeones, se disputan la preferencia, lanzan al combate sus átomos embrionarios los cuales agrupados en diversas tribus al rededor de la bandera de sus legiones, pesada ó ligeramente armados, agudos, redondos, rápidos ó lentos, pululan en número infinito como las arenas de Barca ó del ardiente suelo de Cirene¹, y van arrebatados á tomar parte en la lucha de los vientos; ó á servir de contrapeso á sus raudas alas. El que lleva en pos mayor número de átomos, domina por un momento; el Cáo impera como árbitro; sus mandatos aumentan más el desórden que le dá el cetro, y á falta de él lo gobierna todo el Acaso como ministro supremo.

En aquel hórrido abismo, cuna de la Naturaleza y tal vez su tumba, que no es ni mar, ni tierra, ni aire, ni fuego, sino mezcla de todos estos elementos, los cuales confundidos en sus fecundos gérmenes deben luchar así perpétuamente, á no ser que el Creador Supremo destine sus impuros materiales á la formación de nuevos mundos; en aquel hórrido abismo, al borde del infierno, se detuvo el cauteloso Satan, y le contempló algun tiempo, reflexionando en su viaje, pues no era un pequeño estrecho el que tenia que atravesar. Atruenan sus oídos estrepitosos rumores, no ménos violentos, comparando cosas grandes con pequeñas, que los de las tempestades de Belona cuando pone en juego sus destructoras máquinas para arrasar una ciudad fortísima; menor sería el estruendo si se desplomase la celeste bóveda, y los elementos desencadenados arrancáran de su eje á la tierra inmóvil. Satan despliega por fin sus alas, semejantes á dos anchas velas, para emprender su vuelo, y estriba con el pié en la tierra, elevándose entre torbellinos de humo.

Llevado como en un carro de nubes, sigue subiendo audaz por espacio de muchas leguas, pero faltándole de pronto el apoyo, encuentra un inmenso vacío, y sorprendido y agitando en vano sus alas, cae como un plomo á diez mil brazas de profundidad. Aún estaría cayendo, si por una desgraciada casualidad no le

(1) Desiertos del Egipto, cubiertos de menuda arena, que los vientos agitan sin cesar arriba y abajo, de suerte que tan pronto se ven los valles convertidos en alturas, como las alturas en valles.